MANUEL BERMEJO MARCOS

DE LAS INIMITABLES CARTAS DE DON JUAN VALERA

En estos tiempos nuestros de prisas locas, vuelos supersónicos que acercan más de Madrid a Nueva York —¡en horas!— que a un pueblecito de la sierra en Salamanca, de apresurados pluriempleos y letras bancarias que nos atosigan al final de cada mes, veo con grandísima pena que está desapareciendo la civilizada tarea, la humanísima costumbre de escribirnos cartas. El teléfono —al que no niego sus méritos— anula las distancias y pretende suplantar ausencias que las cartas jamás ignoraron; cuando escribíamos una carta reconocíamos que nuestro «interlocutor» estaba ausente y más o menos lejos. Ahora la llamada telefónica nos da la falsa ilusión de «devolvernos» la presencia del ser amado, aunque dicho «amante» nos llame desde Australia, pongo por lejos. Y lo que es peor, a menos de «grabar» las llamadas, engorrosa tarea que no creo se practique tanto, nuestras conversaciones telefónicas son volanderas, flor de unas horas. Por muy buena memoria que tengamos... no podremos saborear, una y otra vez, aquellos dulces párrafos que nos eran especialmente queridos, o las deliciosas frases en que se nos contaban las divertidas aventuras —¡o desventuras!— del buenazo de X con una turista algo «ligona» en las playas santanderinas.

Utilizamos el teléfono con excesiva frecuencia para dar o recibir mensajes de todo tipo y nos vamos olvidando de la humanísima relación epistolar. Las pocas cartas que escribimos suelen ser por motivos profesionales, de negocios, dictadas con urgencia a nuestras sabias secretarias plurilingües, y en las que, en algunas, garrapateamos como de limosna un abrazo cordial con nuestra firma. Nos servimos del «telex» para los negocios y del simple

telegrama para los recados urgentes; y con todo ello vamos dándole la puntilla a una de las prácticas más extendidas y amables durante siglos entre gentes de buena crianza, el escribir cartas. Verdaderas cartas, no esas birrias impresas que llenan nuestro buzón a diario aconsejándonos con desfachatez impertinente que nos inscribamos en un curso de yoga, que aprendamos inglés en siete días, o que compremos más electrodomésticos a plazos, cuando no se nos promete el oro y el moro si invertimos unos modestos miles de pesetas.

Probablemente, aunque muchos ni siquiera lo considerasen como tal, fuese el epistolar el género literario más popular, el que todos sin excepción hemos practicado alguna vez por lo menos, sin que por ello pensásemos en que podíamos estar «haciendo literatura». Y claro está, muchos no la hicieron al escribir encendidos billetes amorosos a su ser adorado ni cuando rogaban a sus mayores que les enviasen socorro económico con toda urgencia, en situaciones desesperadas. Pero todos, creo yo, hemos disfrutado más de una vez contando por escrito un viaje accidentado, pero divertido, o la que teníamos por aventura «extraordinaria», y en aquellas ocasiones poníamos nuestra chispita de imaginación creadora y hasta algún granito de sal, con la esperanza de divertir a nuestros destinatarios.

Desgraciadamente en estos últimos diez años, yo, que vivo «en las afueras» desde hace un cuarto de siglo, he podido comprobar, con gran pena, que las cartas de amigos, colegas y familiares se van haciendo año tras año, más escasas y cortas y que hasta las tradicionales felicitaciones navideñas se van adelgazando hasta quedar reducidas a una simple tarjetita de colorines firmada de prisa y corriendo y espolvoreada con algún abrazo o cariño que otro. De continuar las cosas así dentro de muy poco el género epistolar será otra reliquia más del pasado. Lo cual me parece muy de lamentar, cuando pienso en los admirables ejemplos de colecciones de cartas o epistolarios publicados —¡y quién sabe cuántos por publicar!— de los personajes más interesantes de nuestra historia cultural y, naturalmente, de nuestros mejores escritores, especialmente abundantes, dichas «correspondencias» en los últimos ciento cincuenta años, época dorada de la carta.

Por todo ello, además de lanzar mi pequeño grito de alarma ante la que me parece desgracia evitable, quiero llamar la atención en esta «apresurada» nota sobre un aspecto que me parece de sumo interés en la voluminosa obra epistolar (¡van ya cerca de una docena de volúmenes publicados, y tengo razones para sos-

pechar que aún quedan no pocas cartas por publicar!) de don Juan Valera, autor, en mi opinión, de las mejores cartas publicadas con que cuenta nuestra literatura. Si como novelista le sobrepasan en su siglo Galdós y doña Emilia Pardo Bazán, y como crítico le hacen sombra merecida «Clarín» y Menéndez Pelayo, creo que no puede discutirse que como escritor de cartas Valera no tiene rival. Ni por la cantidad[1] ni por la calidad de las que conservamos, que por desgracia muchas más —¡y de las mejores, según el propio autor, las escritas, por ejemplo, a Miguel de los Santos Álvarez, cuya familia las quemó, por puritana mojigatería!— se han perdido para siempre. Toda su vida debió escribirlas. Desde sus años de juvenil «pretendiente» en la corte madrileña, a mediados del siglo XIX, cuando escribe a sus padres con una gracia y una franqueza que aún hoy, siglo y medio más tarde, nos parecen admirables y nos dejan algo asombrados. ¡Qué hijo y qué madre tan liberados...! Y no hablemos del humor y desenfado con que escribe desde Rusia o Brasil a sus mejores amigos. Pero no es de este punto (el sabroso y picante, en muchas de ellas, contenido de sus cartas) del que voy a ocuparme aquí, sino de algo que me parece no ha sido subrayado como se merece por los estudiosos de su obra: los dos «registros» a que sometía a su prosa, perceptibles en cuanto escribió, pero mucho más visibles y explicados por él repetidamente, en sus inimitables cartas. (La amenidad, el humor más saltarín con que se enfrenta a los más variados temas y la discreta elegancia con que escribe, son los principales ingredientes de su mágica «receta» para escribirlas.)

Valera, desde sus comienzos como escritor, persiguió la elegante sencillez que habría aprendido en los mejores clásicos y en ninguna otra faceta de su vasta obra me parece que lo logra con más acierto que en sus cartas. Tal vez en alguna página de sus mejores novelas logre alcanzar la maravillosa espontaneidad que consigue en las cartas a sus amigos o familiares con el mayor candor y naturalidad. Porque en sus cartas el escurridizo Valera de los ensayos críticos, el que lo sopesaba todo una y mil veces

[1] Valera debió de escribir miles y miles de cartas, a lo largo de toda su vida. Contamos con cerca de una docena de volúmenes de ellas publicadas. Tenemos noticia de otras muchas aún inéditas —no pocas en la Biblioteca Menéndez Pelayo— y otras en poder de particulares y descendientes del escritor. Por desgracia, muchas otras han desaparecido para siempre, como las escritas a su amigo Miguel de los Santos Álvarez, y de las que el mismo Valera decía que eran «las mejores que he escrito». Azaña las calificó de «libérrimas» en *Ensayos sobre Valera,* Madrid, Alianza Editorial, 1971, nota 29.

antes de decidir que ni afirmaba ni negaba nada, en sus cartas, digo, se volcaba todo él. Ponía en el papel lo mejor que había en su espíritu; cuando escribe para un lector determinado, cuando charla con él, las «pleguerías» valerinas se desvanecen. (¡Estoy convencido de que, desde el principio, don Juan sospechaba que sus cartas admirables iban a quedar para la posteridad; incluso creo que guardaba copia de las mejores, pues varias de ellas, con ligerísimas variantes, las repite y manda a diversos amigos.) Mientras que en lo escrito «para el público» se echa de ver el freno crítico, el artificio consciente, los esfuerzos y trabajos del escritor que, aunque maestro consumado en el oficio, cuando, ya no tan joven, decide escribir su primera novela (¡que no por casualidad está escrita en forma «epistolar», aunque sean epístolas pensadas y escritas con una masa de lectores in mente!) al escribir *Pepita Jiménez,* digo, respeta las normas y trata de escribir... una obra de arte. E igual con el resto de sus novelas, hermosas todas ellas, pero... algo frías, para mi gusto, si exceptuamos la deliciosa *Juanita la larga.* Incluso alguna un tantico aburrida, si no temiera enfadar a los muchos admiradores de las heroínas de sus novelas. Y lo curioso es que don Juan, al ponerse a escribir sus fábulas novelísticas, intenta hacer lo que con tanta naturalidad y sabiduría lograba cuando escribía sus cartas; pero algo le falla. Ese pizco sutil e indefinible, toque mágico y privilegiado de escogidos, la gracia natural. Y en la prosa de sus cartas, expresión de ese «duende» cordobés que el hombre, Juan Valera, poseía, la chistosa y elegante naturalidad le brota a chorros cuando habla con los amigos y la familia, mientras que en las novelas, incluso en sus excelentes ensayos críticos, en su teatro y no digamos en sus cerebrales versos, parece salirle a cuenta gotas. Lo que en sus artículos y novelas es alusión zumbona, gracia ática, ironía sutilísima y gesto contenido que no se atreve a hacerse zapateta picarona y descarada por temor a perder la compostura, en las cartas salta pícaro y desvergonzado como en las mejores páginas del Arcipreste, estallando muchas veces en traca oportunísima de luces maravillosas, como adivinando ya el chisporroteo valleinclaniano, pero sin la amarga desesperanza del creador del «esperpento». No se le escapaba a Valera el empleo de tales «registros», como explica a su amigo Campoamor, en 1857, desde Francfort, a la vuelta de su «movidillo» (pero divertido) viaje a Rusia, y algo disgustado por los «cortes» dados en Madrid a sus cartas y la publicación «mutila-

da», lo que le produjo más de un disgusto. Le dice a Campoamor que «al vulgo» le gusta que le hablen...

... con ciertas formas y no del modo familiar y con el *sansfaçonismo,* como Usted diría, que es tan propio e indispensable del estilo de cartas, y que yo no dejaría por nada del mundo al escribirlas. Cuando yo trate de escribir algo muy peinado y florido y atildadísimo, escribiré un libro, o por lo menos un artículo de periódico; pero nunca disfrazaré con el nombre de carta lo que realmente no lo sea... Y escribiendo para el público, escribiré de otra manera y con todo cuidado, para que no se escape nada *non sancto,* y con los grandes miramientos y atenciones que se deben a quien lee como juez y no como amigo... Habiendo yo notado que el vulgo, mientras más ignorante, es más severo[2].

Esclavo de esta peregrina convicción dejó escapar Valera la oportunidad de convertirse en el escritor popular con que había soñado siempre. Seis años antes de morir le confiesa a su amigo el doctor Thebussem, que le animaba a escribir sus «Memorias o Cartas sobre sucesos de mi tiempo...», que no lo hace por miedo a ofender. Que si cuando dice «... en el seno de la confianza y con el debido sigilo...» fuese bueno, tales cartas podrían publicarse...

... pero no ahora, sino dentro de cuarenta o cincuenta años... Lo mejor es que no se publiquen nunca. Y yo aseguro a Usted que si llegase a persuadirme de que mis cartas familiares pudieran ser publicadas, y si tal idea apareciese ante mi espíritu cada vez que voy a escribir una carta, todo el chiste y todo el primor que esta carta pudiera tener desaparecería por completo, porque no tendría yo el abandono, la franqueza y la casi licenciosa libertad que tengo al escribirla ahora[3].

---

[2] «Cartas desde Rusia», en *Obras Completas de D. Juan Valera,* 2.ª edición, Madrid, Aguilar, 1947, vol. III, pág. 206. Antes de salir Valera para Rusia, a fines de octubre de 1856, como secretario del duque de Osuna en su Embajada Extraordinaria, había prometido a su jefe y amigo Leopoldo Augusto de Cueto (al que Valera llamaría luego Leopardo Angosto de Cuello) dar cuenta epistolar de sus andanzas, cosa que don Juan hizo puntualmente en casi medio centenar de divertidísimas y bellas cartas. Su jefe, tras consultar a la madre del joven diplomático, la marquesa de la Paniega, decide publicarlas, «purgándolas» algo de las mayores «libertades» que se había permitido su autor. Y esta «mutilación» o censura no le agradó a Valera ni mucho menos. Las cartas vieron la luz en el periódico madrileño *La España* en diciembre de 1856 y enero, febrero y marzo de 1857.

[3] *Correspondencia de don Juan Valera* (editada por Cyrus DeCoster), Valencia, Castalia, 1956, pág. 261.

Por desgracia para nosotros Valera puso no pocas veces en práctica su teoría como puede comprobarse en las dos o tres cartas «peinaditas» que escribió desde Rusia cuando se enteró de que su amigo y jefe las estaba publicando; él mismo se percata del bajón en calidad y se corrige en las siguientes. Ese abandono de que habla es precisamente su envidiable naturalidad. En cuanto a la «franqueza y la casi licenciosa libertad» son los dos componentes principales de otro de los ingredientes más valiosos y mágicos de su inimitable estilo: el humor.

Al releer los epistolarios de Valera, para el estudio detenido que me propongo hacer más despacio en otro lugar, he tenido que detenerme en multitud de ocasiones estallando en sonoras carcajadas; y he llegado a preguntarme repetidamente si además de uno de nuestros más finos prosistas no tendremos que considerarle también como a uno de nuestros más grandes humoristas. Ciertamente es el mejor del siglo XIX. Porque aquella «tendencia a lo burlesco» que su madre, la marquesa de la Paniega, quería corregir en el joven cortesano, por fortuna le duraría toda su vida. Valera supo ver, aun en lo más trágico del existir humano —¡y este hombre que pasa por ser un gran hedonista, y que en cierto modo lo fue, supo también del sufrimiento más hondo, en un matrimonio de lo más desgraciado!—, este hombre, repito, que gozó del vivir como pocos, supo ver aun en lo más trágico del existir humano, propio y ajeno, el lado ridículo, la faceta risible de casi todo. Como nuestro más grande humorista, Cervantes, autor al que admiraba por encima de todos, Valera, que amaba la vida como nadie, sabe sacarle punta a las actividades de los humanos y, enternecido por su ridícula pequeñez, burlarse de ellos sin producirles demasiado dolor. En esto se diferencia de Quevedo, o Valle-Inclán, que irritados por la misma «pequeñez» del «rey de la creación», por su pretenciosidad y falta de autenticidad, lo castigan hasta arrancarle la piel con el flagelo de sus burlas. Valera, con Cervantes, observa a la humanidad con tolerante amor, lo que no le impide divertirse, ¡divertirnos!, con sus flaquezas. La mirada deformadora —la misma que llevaría a Valle-Inclán al «esperpento»— y su capacidad de distanciamiento están en el origen del mejor humor valerino. La mayoría de las veces manifestándose en ironía sutilísima, chispa jovial de buen tono o burla tan disimulada y por lo fino que ha llevado a no pocos críticos miopes a conclusiones algo equivocadas, sin ver cuanto de «trastienda» tienen muchas de las mejores páginas de

Valera, especialmente en sus admirables críticas[4]. En sus cartas, en las que todo es más libre, menos «peinado», esa mirada burlona, su fría razón, le da una «distancia» que se traduce en el mejor humor, incluso cuando se burla de sí mismo. Valera lo repitió en varias ocasiones, tal vez la primera de ellas en la famosísima carta desde Rusia en que confiesa apesadumbrado su fracaso erótico-amoroso con la actriz francesa Magdalena Brohan. (Dicha carta es para Manuel Azaña, «su obra maestra del género epistolar»[5], y estoy de acuerdo con el fino crítico). Confiesa Valera, luego de no lograr los favores de la dama que tan cerca parecía tener, que estuvo al borde del suicidio, pero que no lo hizo:

Acaso fue flaqueza de corazón, o la razón fría algo risueña y burlona, que no me abandona nunca, ni en los momentos de más pasión, y que mezcla siempre lo cómico a lo trágico. Figúrese usted que me reía de mí mismo al verme tan desesperado, y no por eso dejaba de desesperarme, ni, al desesperarme, de reírme[6].

En cuanto a su mirada deformadora me bastará con poner algunos ejemplos, tomados de aquí y allá de sus varios epistolarios: retrata a la marquesa de Villagarcía como «jamona y más catada que colmena» y dice «que ella se resistió como una Lucrecia a las seducciones del príncipe de Salerno, especie de hipopótamo, tío del rey»[7]. A su sobrino Juanito Mexía lo califica de «macaco»[8]; a una amante brasileña que tiene un sexo desproporcionado la define como «cotorrona sabrosa»[9]. Malintencionada y anticlerical es la «animalización» empleada para describir a los frailes que rodean al rey de Nápoles:

... la caterva de inmundos frailes de todos colores, gordos y cebones, con camisa y descamisados, holgazanes y bellacos, que pululan como enjambre de zánganos por todos sus dominios[10].

---

[4] Véase mi libro *Don Juan Valera, crítico literario,* Madrid, Gredos, 1968.

[5] Manuel Azaña, «Valera en Rusia», en *Ensayos sobre Valera,* Madrid, Alianza Editorial, 1971, pág. 113.

[6] «Cartas desde Rusia», en *Obras Completas* de don Juan Valera, ed. cit., vol. III, pág. 168.

[7] *Juan Valera y Serafín Estébanez Calderón (1850-1858)* (editado por Carlos Sáenz de Tejada), Madrid, Moneda y Crédito, 1971, pág. 216.

[8] *Juan Valera. Cartas íntimas, 1853-1897* (editadas por Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti), Madrid, Taurus, 1974, pág. 202.

[9] Carta a don Serafín Estébanez Calderón, obra citada, págs. 219-220.

[10] Carta a su cuñado desde Nápoles, 17 de junio de 1847, en *Obras Completas de D. J. V.,* edición citada, vol. III, pág. 20.

A un sacerdote homosexual y confesor de la reina Cristina, lo llama con doble sarcasmo «... el santo varón»[11]. De un sermón en polaco que duró hora y media: «Para mí no fue otra cosa que un estornudo larguísimo...»[12]. Y esperpéntico es el retrato que nos hace desde Lisboa de Oliveira Garret que está «feo, viejo y asqueroso», y escribe versos «... de mucha alma, inspiración y gracia; si bien el fuego que los anima es tan material y grosero, que no parece sino que están escritos con el estilo de entrepiernas bien aguzado»[13]. La fealdad de los rusos le hace pensar en los cuadros del Bosco. «Una de las damas tenía un buche en el pescuezo tan negro y arrugado que parecía un testículo de negro con hidroceles»[14]. De la «alta sociedad» española de Biarritz dice que «está compuesta de la más inmunda putería». Ni sus mismos amigos, a los que Valera quería y admiraba mucho, como el caso de don Marcelino Menéndez Pelayo, escapan de un tratamiento parecido: «A Marcelino, que es un monstruo de ingratitud y de gordura, así como de erudición y de ingenio...»; y en otra ocasión, disculpando a su mujer y a su hija, que no parecen muy interesadas en recibir a su descuidado amigo, que no se viste ni se lava para visitarles, nos dice:

> Es lástima que Menéndez, el más sabio de los españoles y uno de los más eruditos y discretos escritores que viven en el día sobre la faz de nuestro planeta, esté tan asqueroso y tan poco de recibo[15].

A doña Emilia Pardo Bazán la define de refilón, hablando de la pesadez de la literatura contemporánea en Alemania, con un graciosísimo sustantivo adjetivado francamente esperpentizante:

> ... Y en cambio me he leído de un tirón, y admirándola, la última novela del morcón de doña Emilia, cuyo naturalismo despiadado y grotesco me repugna a par que me fuerza a reconocer su fidelidad y verdad...[16]

No reservará las burlas ni para sí mismo, cuando se sabe viejo y para poco, en las cuestiones amorosas, o en embarazosas situa-

---

[11] *Ibidem.*

[12] «Cartas desde Rusia», en *Obras completas,* ed. cit., III, pág. 277.

[13] *Correspondencia de don Juan Valera,* ed. cit., pág. 239.

[14] «Cartas desde Rusia», en *Obras completas,* III, pág. 77.

[15] *Correspondencia de don Juan Valera,* ed. cit., págs. 228-229.

[16] Carmen Bravo Villasante, *Vida de Juan Valera,* Madrid, Magisterio Español, S. A., 1974, pág. 277.

ciones sociales, como cuando pierde en medio de una comida con invitados su dentadura postiza y lo cuenta graciosísimamente a su hija Carmen, en 1897[17]. Diez años antes le confesaba a su amigo Manuel Tamayo:

Yo que no juego porque siempre pierdo, que no cazo por corto de vista, que apenas paseo porque tengo flojas y doloridas las patas, que ya no flirteo no sea caso que sin buscarlo sobrevenga lance de empeño, sea menester echar mano a las armas y ni siquiera dé yo con ellas, de puro gastadas y flojas...

Que Valera se divertía especialmente escribiendo cosas cómicas y subidillas de color lo prueban sus propias palabras repetidamente. Desde Rusia ya lo había dicho a su amigo y jefe:

Haga el cielo que tenga Usted tanto gusto en leerla como yo en escribirla[18].

Y desde Viena, muchos años después, le dice a Tamayo, dándole noticia del cuento que acababa de escribir, *La buena fama:*

En los momentos en que estoy menos triste y menos ciego me entretengo ahora en escribir el cuento más raro y desatinado que pueda imaginarse. No acierto a ponderar lo que yo me río. Temo que se va a gastar en esto toda la risa que del cuento pueda salir y que nadie va a reír luego cuando el cuento se publique[19].

Resulta un tanto paradójico que lo que pudiera ser lo más «perecedero», lo más «temporalizado» de la obra de Valera, sus cartas, gracias a ese tono de sencillez y humor con que supo adornarlas, resulten hoy tan divertidas como lo fueron al escribirse, e incluso resulten ahora lo más vivo, si no lo mejor, de la obra de Juan Valera. Especialmente por su maravillosa lengua. En ninguna otra parte de su extensa obra brilla tanto como en sus cartas la seguridad y la gracia con que emplea Valera nuestra hermosa lengua, la rica, variada y graciosamente oportuna lengua popular.

---

[17] *Apud* Carmen Bravo Villasante, *Vida de Juan Valera,* ed. cit., páginas 297-298.

[18] «Cartas desde Rusia», en *Obras completas,* III, pág. 104.

[19] *Apud* Francisco Rodríguez Marín, *Don Juan Valera epistológrafo,* Madrid, 1925, pág. 24.

Cuando, libre de frenos y cortapisas de buena educación, le habla a los amigos, su lengua se populariza con expresiones y modismos que en sus escritos más «perdurables» no se hubiera atrevido a utilizar; se «desmadraba», como dirían los jóvenes de hoy, le quitaba el tono algo encorsetado que se usaba entre los escritores del siglo pasado. Y aquella lengua sabrosísima de sus mejores novelas se enriquece aún más con modismos y vocablos que no se hubiera atrevido a poner ni en boca del más pillo de sus personajes. Por el contexto, y el tono de falsa mística con que ironiza en su más famosa novela, hubiera sido impropiedad desatinada decir que a Pepita «se la tiró» el aprendiz de curita tras una larga discusión en la que triunfa el instinto amoroso sobre la razón. Y, sin embargo, ésa era la expresión empleada por Valera al contarle a sus amigos, y me parece recordar que a su familia, que alguien «hacía el amor». Repetidamente utiliza el término para contar que el emperador del Brasil, o el austriaco, «favorecían» a las damas más empingorotadas de la sociedad brasileña uno, o a las bellas actrices o cantantes de su Teatro Real, el otro: «se las tiraban», como dice el machista macarra madrileño de nuestros días. Cuando leemos más tarde en Valle-Inclán, y luego en Cela, coloquialismos o trozos de lengua de la calle adornando párrafos de lo más castizo y elegante, nos parece lo más natural del mundo. Pero toparse con tales expresiones en la obra de uno de nuestros más finos y elegantes artífices, resulta casi desconcertante. Valera en sus cartas no se anda por las ramas y elige el término más popular y, en una ocasión por lo menos, emplea una expresión todavía más gráfica para designar la unión sexual: «No sé si el hijo pensará también en *calzarse* a su querida sobrina...», cuenta en una de sus primeras cartas desde Rusia[20]. En otra ocasión habla de «*las vainas* que el emperador les echa»[21].

En un recuento que en esta nota no puede ser exhaustivo encontramos varios graciosos sinónimos de borrachera, tales como «chispa», «turca» o «estar calamocano». «Papandina», por comida de agasajo; «butibamba», por estirados; «arrearle los pavos», por gozar de los favores amorosos de una damisela; «estar hecho un vinagre», por estar de mal humor, o «se pirra por sus pedazos», o «ninguno de estos señores vale un pitoche», son términos populares que dan vida y color al, por otra parte, siem-

---

[20] «Cartas desde Rusia», en *Obras completas,* III, ed. cit., pág. 78. El subrayado es mío.

[21] *Juan Valera y Serafín Estébanez Calderón,* ed. cit., pág. 218.

pre cuidado y elegante estilo de Valera. A su mismo padre le dirá que sin los 150 duros que le pide «... no hay tu tía», y refiriéndose al famoso y accidentado cambio de condecoraciones en su misión diplomática junto al duque de Osuna dirá: «... Si aquí no gustan que se giben, y se acabó lo que se daba», y en la misma carta, temiendo que tal arreglo no guste a los protocolarios rusos dice que «... habrá que mandarles al c..., que en ruso no es palabra mala y significa está bien»[22]. Un brutal capitán anima a sus soldados al trabajo «sacudiéndoles el polvo», y contemplando a una dama de singular belleza «me quedé atortolado mirándola»[23]. «Dárselo» o «pedírselo» llevan siempre en sus cartas la connotación sexual que les da el vulgo: a una «Armida brasileira» le escribió siete u ocho cartas «pidiéndoselo», cartas que según el mismo Valera «eran cosa de gusto y siento no guardar copia y hasta me dan tentaciones de pedírselas para copiarlas», le cuenta a su amigo Estébanez Calderón. O hablando de su admirado Menéndez Pelayo, le dirá a otro amigo común, de cierta dama que no se entrega: «Al pobre don Marcelino, con lo que él lo desearía, esta buena señora no acaba de dárselo...»

Quede para otra ocasión el hacer un pormenorizado análisis de todas estas y otras muchas expresiones populares que pueden espigarse en las divertidas cartas de don Juan Valera. Mas cuanto llevo expuesto creo que me autoriza a concluir que si Valera no se hubiese empeñado en utilizar esos dos «registros» al escribir, su obra de creación hubiese alcanzado la popularidad con que él soñaba en su juventud. Es decir, ser leído —¡y disfrutado!— por el pueblo llano, no solamente por los estudiosos, como por desgracia le suele ocurrir hoy.

[*Serta Philologica F. Lázaro Carreter,* Madrid, Cátedra, 1983, vol. II, págs. 31-38.]

---

[22] «Cartas desde Rusia», en *Obras completas,* III, pág. 188.
[23] *Idem,* pág. 83.